

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Fernando Díaz de Mendoza.)



—Discuten si soy primer actor ó si no lo soy. Es el caso que aquí estoy: ¡vive Dios que pudo ser!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Ley fatal, por Luis de Ansoarena.—Palique, por *Clarín*.—¡Piedad!, por Juan Pérez Zúñiga.—Rarezas, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Fernando Díaz de Mendoza.—La nota del cartel, por Cilla.—¡Al mercado!, apunte por F. Mas.—Sección de modas (cuatro vistas).—Generosidad tardía.—España cómica: Cuenca, por Cilla.

DE TODO UN POCO

¡Y dale con el conflicto del agua!

Los periódicos serios continúan entregados á la ingrata tarea de apretarnos el corazón.

Y en los depósitos del Canal de Lozoya hay escasamente 984.341 metros cúbicos 11 céntimos de agua, incluyendo en esta suma los fangos y demás materias «deleznales», dice un periódico.

«El conflicto no podrá resolverse de ninguna manera—dice otro.—Hay necesidad de introducir grandes economías en el consumo del agua.»

Por este camino va á llegar día en que salga diciendo algún periódico:

«Aconsejamos á los vecinos de Madrid que no beban más que vino, ó zaragatona, ó tinta fina de escribir. El agua es un tesoro que debemos guardar como oro en paño. Quede, pues, reservada para los farmacéuticos á fin de que puedan elaborar sus medicinas y á los taberneros para sus acostumbrados bautizos.

»Por de pronto, debemos aconsejar á las señoras que no se laven.»

Para algunas resultará inútil la recomendación. Las hay que no usan el agua más que para poner en remojo los garbanzos.

Hay señoras que se untan el rostro con manteca de cerdo sin sal, porque dicen que conserva el cutis y evita las pecas. Sobre la untura extienden una capa espesa de polvos de arroz y encima se dan colorete; de modo que salen á paseo revocadas, y no las conoce la madre que las parió ni el esposo que las llevó á los altares.

Dígalo, si no, la señora de Gómez, que fué el otro día á confesarse y le dijo el sacerdote:

—Señora, hágame usted el favor de quitarse la careta.

Ahora casi todos los escritores nos lavamos, pero en otro tiempo había muchos para quienes el agua era cosa superflua y hasta odiosa.

Todavía queda en provincias uno que otro poeta que no se lava nunca, porque cree que el aseo es cosa de los seres vulgares y ordinarios.

Conoció yo un vate en Corcubión que lo más que hacía era mojar dos dedos en aguardiente y pasárselos por la cara.

—El poeta debe ser suco—decía él; y su mamá, identificada con este apotegma, ni le lavaba las camisas ni le mudaba las ropas del lecho, y el vate, más que persona racional, parecía un gorrino, aunque sea mala comparación.

El día que tiró el laúd para casarse con una joven de la localidad, tuvieron que lavarlo con estropajo y jabón; y la suegra, en su deseo de verle limpio, pensó en meterle en una caldera y cocerlo.

Si no se conjura el conflicto, vamos á pasar ratos muy tristes; pero hay la esperanza de que llueva fuerte y bien dentro de pocos días.

Por de pronto, ya ha empezado á llover en algunos coliseos, y sino que se lo pregunten á ciertos autores silbados.

—No se vaya usted—decía á uno de estos el director de escena, mientras el público expresaba en opinión con los bastones.

—Yo no puedo estar aquí—contestaba el autor.

—Espere usted á que esto se tranquilice.

En aquel momento, los espectadores arrastraban en sus protestas y el autor, tomando el olivo, decía con acento idgubre:

—¡Ya escampa! ¡Cielos! ¡Huyamos!

En ciertos teatros llueven desventuras y en otros billetes y duros.

Dígalo el Español, donde hay un abono de cien mil pesetas mal contadas. Allí reina la alegría, y cuando va uno á visitar á los actores le reciben sonrientes y cariñosos.

—¿Usted por aquí? ¡Cuánto me alegro! ¿Y en casa? Siéntese usted. Está usted más gordo y más guapo. ¡Qué bonita corbata lleva usted! ¿Se la ha regalado Morote?

—Lo que traigo es un frío...

—¿Frío? No diga usted eso. Hace un tiempo delicioso.

Esto ocurre en el Español; pero va usted á un teatro de los que no tienen abono, ni público *suelto* ni amigos atados, y al saludar á los actores le dicen:

—¡Caramba! ¡Qué frío trae usted! Nos lo va usted á dejar todo aquí. ¿Es verdad que se ha recrudecido la viruela?

—No sé nada.

—¿Que no? Entonces no se entera usted de lo que sabe todo el mundo. En la calle de la Comadre ha habido doce casos en menos de diez minutos... Este Madrid es lo más insano... ¿Ha visto usted el teatro? No ha venido nadie. Pero ¿cómo quiere usted que vengan si la gente está toda sufriendo?

—¿Por qué sufre?

—Por lo de Cuba y lo de Filipinas y la viruela y la falta de agua y lo de la botadura del crucero.

—¿Pues no se ha botado él espontáneamente?

—Sí, pero siempre sufre uno al ver que los barcos desobedecen las órdenes de la superioridad.

Con sólo ver la cara de los cómicos se conoce la situación de la empresa.

Quando hay dinero, todo el mundo sonríe y se muestra obsequioso y fino.

—¿Quiere usted ver la función? Salga usted al público... Á ver, avisador, vaya usted y diga á los acomodadores que sienten á este caballero... si hay dónde.

Quando no hay dinero, se dirige usted al teatro y...

—¿Adónde va usted?—le preguntan los de la puerta.

—Yo tengo entrada aquí desde hace dos años.

—Pues necesita usted ir á contaduría á que le den un vale.

—Pero...

—Son órdenes de la empresa.

—Es que...

—Vaya, deje usted el paso franco por si viene alguien.

Mientras no quede resuelto el conflicto del agua no habrá tranquilidad en las casas, ni público en el teatro, ni noticias optimistas de Cuba.

Esto dicen algunos periódicos formales y hay que creerlos bajo su palabra.

Yo, sin embargo, creo que hay otro conflicto mucho más grave que el del agua: el conflicto de la *guita*.

¿Verdad, ustedes?

Luis Taboada.

Ley fatal.

Difícil es que te diga
por qué un amor tan gigante
muere, y la que ayer fué amante
apenas si hoy es amiga.
Yo mismo, al verle morir,
lloro, rabio y me rebelo,
porque me quita el consuelo
del goce del porvenir;
y siempre produce espanto,
al que viva de ilusiones,
ver cómo caen las pasiones
por las que sufrimos tanto.
Si la mujer conseguida
baja de su pedestal,
¡qué pobre, qué insustancial
y qué ruin cosa es la vida!...
¡Quéita toma con interés
el amor, siendo el amor
el goce del cazador,
que muere al morir la res!
¿Y á qué buscar la esperanza,

y enloquecer cuando nace,
si el bien siempre se deshace
al momento en que se alcanza?
Ya que hoblé con la franqueza
que puedo contigo usar,
oye, para terminar,
lo que me da más tristeza.
Quando aquel ardor de loco
á entibiarse comenzaba,
—El cuerpo, es claro, pensaba,
se cansará poco á poco;
pues Dios, con justicia, ha hecho
que todo humano apetea,
si esperando es infinito,
es átomo, satisfecho.
Pero ¿qué importa la calma
de la materia en la hartura,
si está la mayor ventura
en lo infinito del alma?
¡Si es una ley natural,
caiga el cuerpo de una vez,

y quedé la placidez
de una pasión ideal
Y... ¡mira tú si era error!
llamo al alma y no respondió,
pues no tiene un hueco donde
vibre un resto de mi amor.
Y al apartarme, sin pena,
de tu lado, nunca, Rosa,
pleno ya que eres hermosa,

ni tampoco que eres buena.
Y hundido en ese marismo
que deja un amor perdido,
no hay más que un cuerpo abarrido
y un alma sin entusiasmo;
y tengo que comprender
que el amor que imaginaba
señala si el otro acaba...
(pues le hunde el cuerpo al caer)

Luis de Trascena

* PALIQUE

Se ha publicado un libro, impreso e ilustrado con mucho lujo y gusto, que se titula *El año teatral*. Comprende las temporadas de 1895 y 96; de modo que se le da, en rigor, al público más de lo que se le ofrece. Y para que haya miel sobre hojuelas, los dibujos, abundantísimos, de Pellicer, Cilla y otros, y las fotografías de Debas, Napoleón, etc., etc., enriquecen la obra con el atractivo especial que entra por los ojos, y que tanto seduce al público español, en estos últimos años por lo menos.

Mas no para ahí el mérito del elegante volumen: su mayor gracia consiste en un hermoso y muy bien pensado prólogo de Jacinto Octavio Picón. En este estudio breve, pero sustancioso, el reputado crítico examina con valor, que nunca le falta, con franqueza, en él congénita, las máculas del ilustrado público español, ó dijérase, con más justicia, madrileño, y aun con más precisión, de cierta parte, no la mayor ni más vana, del público de la corte.

Lo más salado, porque así tiene, es que, sin querer, Picón, siempre benévolo, demasiado bondadoso quizá, pone en ridículo con sátira involuntaria, pero más cruel por lo mismo, todo el texto que sigue; toda la vulgarísima y superficial doctrina de la gárrula prosa que sirve de inoportuno acompañamiento á los preciosos grabados de que dejo hecho mérito.

Al diablo se le ocurre encargar la parte literaria de libro semejante á uno de los elementos más perniciosos de esa clase de público, maledada é insoportable de que Picón tan justamente se queja. Porque de los varios componentes neféticos de esa atmósfera de suficiencia desfachata que domina en los estrenos, el peor y más venenoso es el que llamó Galdós «mono sabio» de la crítica; el chico de la prensa; hoy reporter en Melilla, mañana en una casa de baños, al otro juez de Calderón ó de Ayala.

Y el cronista nervioso y afrancesadillo á quien se encargaron las leyendas difusas de esos dibujos elegantes, representa la quinta esencia de la critiquilla menudísima, cominera, de correveidille y azotacalles. Menos mal si fuera un Arimón hecho y derecho, la encarnación de los lugares comunes más inocentes, en resumidas cuentas. Pero no; se trata de uno de esos jóvenes americanos aficionadillos á las letras, y aún más á las vanidades de la vida de notoriedad y ruido de égora, que vienen á conquistar la metrópoli con apasionamientos atávicos que por acá no nos inspiran las quisquillas retóricas. Este muchacho, listajo y ligero, sin gusto personal que pueda justificar su audacia, es de los que han oído que nada hay como atreverse... y á las primeras de cambio se atreve con el teatro clásico español; y le insulta y escarnece; y para que se vea que no le duelen prendas, á renglón seguido hace añicos toda la fama de la literatura española, demostrando, con un cuento de un embajador, tal vez mal entendido, que nuestros autores clásicos de todo género no merecen que se les lea.

Si Picón hubiera sabido á tiempo que detrás de su artículo serio y noble habían de venir estas blasfemias, tal vez se hubiera negado á romper la marcha en obra semejante. Pero hubiera hecho mal; porque su prólogo es, indirectamente, el mejor correctivo de tamaños desafueros. Críticos como ese que desprecia nuestro glorioso teatro son los que principalmente influyen en esa parte del público de que Picón reniega: lo que de ese público dice de malo, puede aplicarse, elevado al cubo, á los chicos irreverentes, que á todo se atreven, porque todo lo ignoran.

Si, todo lo ignoran, aunque ellos crean que es saber algo leer á salto de mata cuatro revistas de periódico francés, un libro de moda, y hasta oler lo que guisan en las ciencias antropológicas (de cuarta ó quinta mesa), afición muy extendida entre estos pollos americanos, y de que hace alarde nuestro hombre, según se verá luego.

* * *

Porque, ahora, lo que corre prisa es copiar lo que dice de nuestra mayor gloria el joven inconsiderado, y copiarlo para escarniento de... andacees de los que no tienen fortuna:

«...Es que no hay nada tan monótono ni tan poco teatral como el teatro clásico español, ingenuo (?) en la trama, conceptuoso en la forma, retorcido, á la manera escolástica (?) en pasiones y sentimientos. Un viejo gruñón y egoísta, una dueña enredadora, una niña resabida, un galán invertebrado (¿querrá decir inveterado? de todas maneras es un disparate) y un criado entrometido: eso es todo nuestro teatro clásico.»

¿Quién ha leído jamás tamañas herejías? ¡Y qué bien se adaptan los adioses retóricos de que van adornadas! ¿Qué quiere decir que la trama es ingenua? ¿Que es sencilla, que es fácil, que no es complicada? Mejor. Pero eso no es ingenuo. Una trama no puede

de ser ingenua, como no puede ser agradecida ni rencorosa, ni solapada, etc., etc.

¿Qué escolástica era esa que tenía sentimientos y... pasiones (que no son sentimientos por lo visto) y nada menos que retorcidos? ¿Quién ha oído hasta ahora hablar de los sentimientos de la escolástica? Es como si habláramos de los amores de la geometría ó de las coronadas del positivismo. ¿Qué es un galán invertebrado ó inveterado, si eso quiso decir?

Y ¿de dónde esca esa especie de filibustero literario que en el teatro de Lope y de Tirso, v. gr., no hay más que galanes invertebrados, viejos gruñones, dueñas enredadoras y niñas resabidas? ¿Dónde está, v. gr., en *El castigo sin venganza* el viejo gruñón ni la niña resabida, ni la dueña enredadora? Ann suponiendo, y es lo más probable, que ese señor crítico anda no conozca del teatro español clásico más que las comedias representadas en *Los lunes* de María Guerrero, con esas comedias basta para demostrar la variedad hermosa de caracteres, tipos, situaciones, peripecias de tan gloriosa dramaturgia.

Si, por milagro, leyese el libro de que trato Menéndez y Pelayo, ¿qué diría de esa monotonía y pobreza, él que necesitó vigilietas y más vigilietas para clasificar las comedias de Lope, empeño difícilísimo por la variedad inagotable de asuntos y maneras que nos ofrece ese universo imaginado por el monstruo de la fecundidad poética?

¿Qué dirían si supiesen de tales herejías los hispanófilos alemanes, ingleses, franceses é italianos empeñados en tareas semejante á la de Menéndez, en clasificar el teatro de Lope? De un teatro que sirvió de fundamento á multitud de obras dramáticas francesas, de un teatro tan admirado en Alemania, se dicen esas cosas!

Pero ¿á qué vamos á buscar autoridades tan lejos, si el mismo que escribe esas blasfemias dice pocos renglones más arriba esto?

«Los clásicos? Admirables son é inmarcesible su gloria. La crítica universal los ha consagrado.»

¿En qué quedamos?—Pues un teatro que no es teatral, según usted, y que solo presenta cuatro ó cinco tipos de guardarrropía y que es monótono, y que no se puede aguantar, que es lo que dice este este caballero, como veremos en seguida, ¿por qué lo consagra la crítica universal y por qué usted mismo, señor crítico, lo llama admirable? ¿Es que la crítica universal y usted admiran lo pobre, lo monótono, lo retorcido, lo conceptuoso? ¿Caben mayores contradicciones?

¿Será que el teatro no es teatral, ¿pero es bueno para leído? Tampoco. Oigamos al crítico.

Habla de una señorita á quien su padre, extranjero muy sabio y admirador de la literatura española clásica, no quiso enseñar castellano «para evitarle el desencanto de leer nuestros clásicos».

«Y en efecto: añade el chico de la prensa, si todos los que la conocen (no se sabe quien es esta) hablasen sinceramente, *confesarian* cosas que, aparte el *Quijote*, algunas novelas picarescas y algo de Quevedo, no hay quien soporte la lectura de más de dos páginas de cualquiera de aquellos grandes maestros.» (Los clásicos españoles, dramaturgos inclusive, que es de quien se trata.) «El genio literario de España ha estado siempre refido con la amenidad.»

¿Qué les parece á ustedes de esos grandes maestros de los cuales no se puede leer arriba de dos páginas?

Es claro que no hay presidio, ni debe haberlo para esta clase de delitos de la palabra, como diría Cánovas; pero, vamos, ¡que si lo hubiera!

Bueno. Conste que á este señorito no le gustan los clásicos españoles.

Ahora vamos á ver si nos gusta á nosotros este señorito. Abro por cualquier parte el libro y en cada página que miró encuentro un diálate.

* * *

Verbigraña: en la página 8, al ensalzar á Calderón, Lope, etc., antes de decir que no se pueden leer de aburridos que son, afirma que «han dejado una huella en la trompeta de la fama».

Una huella en una trompeta, tiene que ser una abolladura.

* * *

Empieza el primer artículo del texto que examino diciendo que en el verano de 1894 hubo grandes afanes por restaurar el teatro español.

Y dice en seguida: «El año 93 la cosa se puso más seria todavía.» (Más que el 94.)

Y á renglón seguido: «El año 94 la cosa fué más seria aún.»

Usted si que es poco serio, señor mío. El 93 más serio que el 94 y luego el 94 más serio que el 93. Esto es el 93 del sentido común. No, y lo que es ameno, resulta usted más ameno que todos nuestros clásicos juntos, Quevedo inclusive.

¡Quevedo! ¿Qué diría si conociera á este escritor?

* * *

Página 129: «Habían entrado allí (en la Academia) Castelar en sus tiempos de tribuno, Echegaray con su atavismo (?) republicano (por lo visto los abuelos de Echegaray eran republicanos y don José dió el salto atrás) y Martos y Olaguera entre los muertos.»

¿Pero qué? ¿Hay sesión de muertos en la Academia? Pues dígame usted más claro que Martos y Olaguera entraron en el Panteón.

* * *

LA NOTA DEL CARTEL

Ahora oficia el crítico de juriconsulto:

«La ciencia penal (página 192), que no es más que una fase de las modernas ciencias antropológicas, no tiene otra razón de ser que la de ofrecérsenos como una ciencia experimental y realista.»

«¿Qué es una ciencia realista? ¿Y cómo es una ciencia no realista? ¿Y quién le ha dicho a usted, infeliz, que las opiniones exageradas de algunos fisiólogos italianos, no verdaderos juriconsultos ni filósofos del derecho, tenemos que tragárlas todos como verdades inconcusas? ¿No sabe usted que ha venido el tío Paco con la rebaja en la misma Italia, y que en todas partes esas exageraciones antropológicas están descreditadas ya? ¿Para quién escribe usted? ¿Quiere usted concederme a mí, que por deber profesional llevo más de catorce años estudiando esas cosas, que sé un poco más que usted del movimiento jurídico filosófico? Pues bien, monín: está usted muy atrasado; y sobre todo, esa afirmación categórica nunca pudo ser autorizada.»

Último disparate que copio y que también me ofrece el azar; pero éste es del género, es dramático.

Nuestro crítico de teatros dice en la página 54 para resumir lo que es Frégoli:

«Uno de aquellos clásicos «mimos» que fueron la encarnación suma del arte escénico en la Roma decadente y postrada.»

¡Oh joven enemigo de los clásicos españoles... y de los latinos! Frégoli no puede ser un mimo porque los mimos eran comedias, no eran cómicos. ¿Llamaría usted tragedia a Máiquez? Además, por lo que usted dice de ventrílocuo, excéntrico, se me figura que usted cree que los mimos eran pantomimas. Pues no señor, eran comedias satíricas muy fuertes de color. Décimo Laberio y Publio Siro eran actores ilustres que representaban mimos. César obligó a Laberio a representar mimos de que el dictador mismo era autor y por ello le ofreció 500.000 sextercios; una porción de siglos según Blasco, que dijo aquello de «espérate un sextercio».

¿Y de dónde saca usted que los mimos son de la Roma decadente y postrada? ¿La Roma de César y de Augusto estaba postrada y decadente? Pues esa es la época de los «mimos».

Y todo el libro está así.

Si el autor quiere otra ración, que avise y será servido. (Aunque no avise, lo será.)

De modo que a un escritor que no sabe escribir, que se contradice a cada paso, que demuestra tanta ignorancia, ¿qué se le ha de decir, cuando se atreve a insultar a toda la literatura clásica española? Que Dios le haya perdonado.

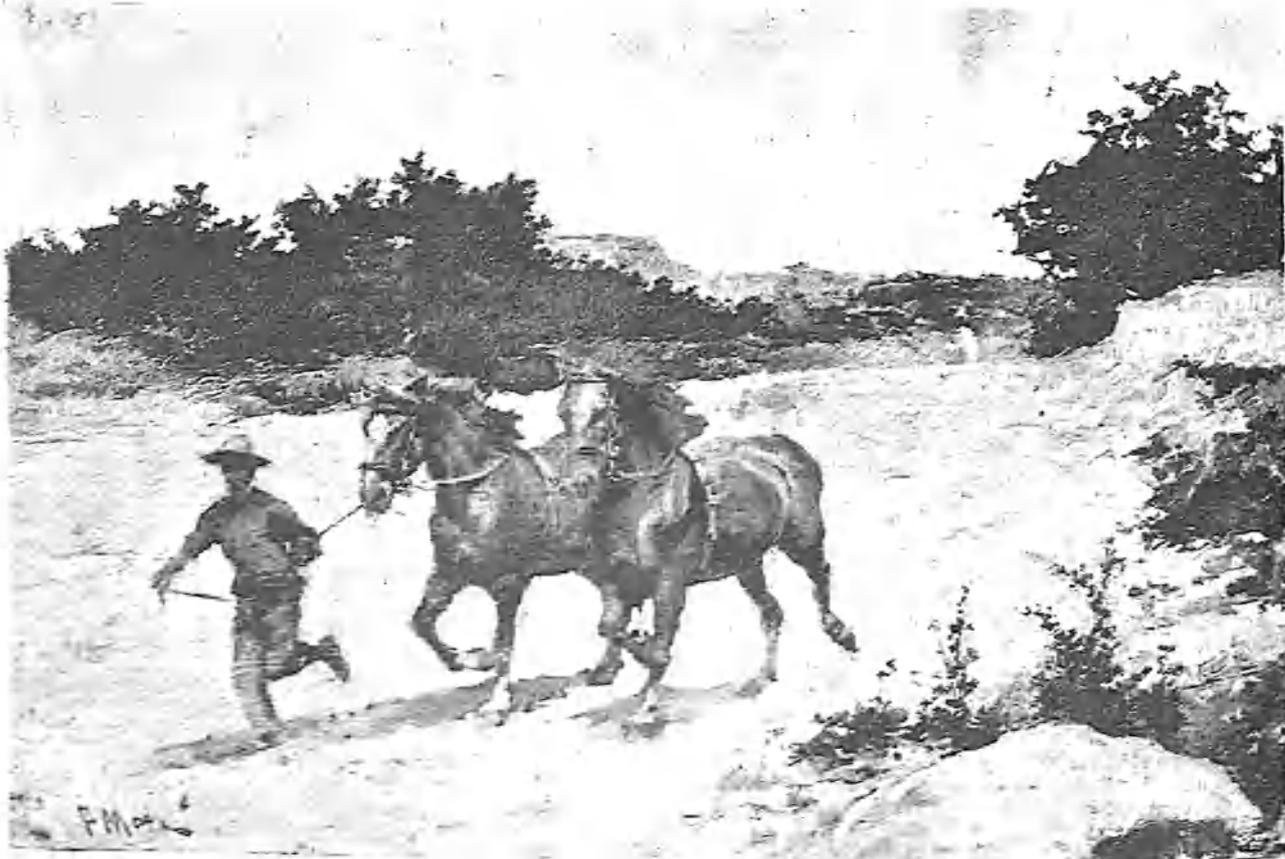
Y si ustedes me preguntan que por qué llamo la atención sobre autores y obras semejantes, respondo que para desagrar a la justicia maltratada por otros chicos que han alabado el texto de que hablo.

Bastante hago con callar el nombre del joven andaz de los mimos y la huella en la trompeta: eso sí; lo que es por mí, no ha de saberse cómo se llama este Erostrato de... Calderón y Lope.

Clarín.



—«La empresa cuenta con obras de Ramos, Aza, Echegaray, Sellés, Cano, Gaspar, Feliu, etc., etc.» ¡Siempre me ponen a mí en el etcétera!



¡AL MERCADO! — APUNTE, POR F. MAS.

Sección de modas.



Figurin para damas y galanes
 respective á sombreros y gabanes.
 ¡Se comprende que sea lo accesorio
 salvar la integridad del territorio!



El traje de trabajo.

Los ciclistas mirados por arriba.

Ídem ídem mirados por abajo.

¡Piedad!

Es Piedad Carrasperal una criada modelo.

No hay otra más servicial bajo la capa del cielo.

Viva hasta más no poder y honrada y trabajadora, se mata por complacer al señor y á la señora.

Hace más de lo que es justo por evitarles molestias y hasta cuando lo hace con gusto, trabaja como las bestias.

Les dice lo que no saben, les hace estar bien con Dios y no deja que se laven: ella los lava á los dos.

Les despacha las visitas, al teatro los abona y hasta les compra cositas, los calza y los empadrona.

Es más, yo sé que al señor le corta Piedad también las uñas, y á lo mejor le afeita en un santiamén.

Una vez en las Peñuelas á su ama, que es como hay pocas, la fueron á dar viruelas, no sé si cuerdas ó locas.

¿Pensáis que lo consintió la buena de la Piedad? Pues no, señor: fué y cargó ella con la enfermedad;

tanto que hoy á causa de eso, cualquiera que la repara ve que Piedad lleva un queso de Gruyer en vez de cara.

¿Se tiene el señor que hacer un traje? Pues en seguida se va la pobre mujer á que la tomen medida.

¿Que va á merendar cualquiera de los dos? Pues, la verdad, si de ello Piedad se entera, la que merienda es Piedad.

No tienen que molestarle yendo á buscar confesores, porque ella va á confesarse de parte de sus señores.

Por ellos brega á destajo y todo su afán ahora es el ahorrarles trabajo, sobre todo á la señora.

Vió Piedad que se quejaban no hace mucho, y con razón, de que, aunque la deseaban, no tenían sucesión.

Y como á todo se aviene, dijo Piedad: «Señorito, ¿quieren ustedes un nene? También se lo facilito».

Y, en efecto, yo no sé lo que la infeliz hará; pero me parece que se lo facilitará.

Juan Pérez Zúñiga

GENEROSIDAD TARDÍA



—Me ha fastidiado el Príncipe de Asturias. ¡Ahora que el Gobierno iba á necesitar quinientas pipas para fotadores, y podía yo haberle ofrecido una preciosa de ámbar y espuma á medio culotari!

Rarezas.

De algún tiempo á esta parte, se ha observado que hay, á más de Noherlésoom, cosas raras.

Se presentan á indulto á nuestra gente, en Cuba, los mambises con barbianas, morenos con morenas amazonas, otros con chicas guerrilleras blancas. ¿De dónde salen esas señoritas con mañser y machete y jipijapa? ¿Qué harían entre negros? «Sucedades», no digamos benéficas, magnánimas, ó bien para asistir á los enfermos, ó bien como rancheras en campaña, sirviendo á los morenos y á Cubita no más que por el mango y la guayaba

En los brazos paternos y maternos los guapos filipinos se levantan, y van á pelear contra castilla, con ira, con valor, furor y rabia, sin más grito de guerra que el aullido que oyeron á papás, cuando saltaban de árbol en árbol, para ver las hojas que contienen la historia de la casta. De los bosques doncellos, vindas selvas de Batanga, Mandinga y Morondanga brotan, al parecer con taparrabos, guerreros *autono-mico-mocratas*, y en poco más los hijos de Corila degüellan en Manila hasta á las ratas.

Los barcos que resisten á la ciencia, no queriendo surcar «la mar salada», cuando menos se espera, se desprenden y ellos solos se salen de la grada.

Las aguas del Lozoya «turbulentasa», ó turbias, dicho en lengua «proletaria», disminuyen, dejando casi en seco los que fueron depósitos del agua. Aquí de don Gutierre de Cetina, al agua del Lozoya que se escapa: «Aunque turbia lleguéis, llegad al menos, ya que nunca lleguéis serena y clara».

Saliéndose de madre los teatros anuncian seis estrenos por semana, todos de los primeros, por supuesto, autores de la casa ó de la caza.

Estamos empeñados en dos guerras, estamos empeñados en que haya doce ó trece teatros en la corte que fué de las Españas. ¡Estamos empeñados!... ¡Ya lo creo! Yo aún tengo allá la capa. ¿Es decir que no hay patria, Veremundo? ¿Es decir, don Sinesio, que no hay patria? ¿No es verdad que hay sucesos que parecen de comedia de magia?

Pero, «en punto á rarezas», ¿hay alguna que pueda equipararse con mi cara? Es decir, con la cara que me pinta ese Cilla, enemigo de mi estampa. Mis ojos son cazuelas besnueras y mis orejas de *chusquel* de lanas, según ese bribón, siendo mis ojos dos luceros del alba (1). Es afán de quitarme proporciones, porque, viendo el retrato alguna dama que tuviera intención de declararse, ya no se me declara. —¡Vaya un tío! —dirá.— ¡Con ese rostro y esa nariz en división de plaza! ¿Y la «tripleta» ó la «stripita» libre? Luego, vestido para andar por casa. Me fijo en este dato porque siempre me ha gustado vestir con elegancia al par que sencillez. El mejor día me saca Cilla en piernas á la plaza, como aquellos soldados paraguayos que Ramitos pintó con tanta gracia. Y basta de rarezas, pero digo que se ven cosas raras.

Eduardo de Palacio

(1) No de las triples Albas, sino de mañana ó del porvenir.

ESPAÑA CÓMICA.



CHISMES Y CUENTOS.

El viento ha empezado á soplar estos días con demasiada frescura. Pero no creo que gane á los que se apresuraron á felicitar al señor ministro de Marina por la feliz é inesperada botadura del *Princesa de Asturias*. Ni al propio señor ministro, que también se apresuró á contestar en el acto agradeciendo con toda su alma las felicitaciones.

Porque mire usted que tiene salero el lance. Mientras los *técnicos* acuerdan que el barco no puede salir del atolladero, que hace falta gastar tanto y más cuanto en pipas y otros flotadores, vienen, se reúnen las juntas, se rectifican planos, se arma una marimorrena atroz entre todos los que cobran del presupuesto para eso, para botar barcos cuando se lo manden, y... va el crucero, harto de aquél galimatías, y se lanza él solito á las pérdidas ondas rompiendo todos los obstáculos. Técnicos así deben de ser los que dirigen las guerras en ambas perlas de la corona de Castilla. ¡Y así anda ello!

No puedo menos de copiar el telegrama del alcalde de San Fernando al general Beránger: «Los injustos detractores de V. E. y de este arsenal enmudecerán ante lisonjero éxito botadura y relevantes condiciones del mismo.» ¡Andaluz había usted de ser, compadre! Porque se necesita tener la guasa por quintales para hablar de las *relevantes condiciones... del éxito* de la botadura y para decir que callarán los injustos detractores. ¡Qué han de callar, hombre! Lo que harán será morirse de risa.

Desde ahora hay que reformar la plantilla del ministerio de Marina del modo siguiente:
Ingeniero jefe:
Dios uno y trino.

Hay detalles que consuelan. Día ha habido ¡día feliz! en que, con motivo de la muerte del desgraciado matador Lesaca, la corrida de Zaragoza en que *figuraron* Guerrita y Fuentes y la 13.ª de abono en Madrid con Mazzantini, Reverte y Bomba, se ocuparon de la fiesta nacional casi todos los periódicos importantes de España.

Así es que no quedó espacio para decir «por ahí se pondrán ustedes» á los que baten el cobre en Pinar del Río y en los alrededores de Cavite. Y eso ¿qué prueba? ¡Que aún hay patria!

Leo: «En algunos círculos hemos oído asegurar anoche con insistencia que habiendo de enviarse á Filipinas muy en breve refuerzos de cierta importancia...» ¡Recomba! ¿Para qué? ¿No decían ustedes que aquello era cuestión de quince días? ¡Pues ya se habrá acabado todo cuando lleguen allá los refuerzos!

El emperador Guillermo ha pintado otro cuadro. Es decir, el boceto de otro cuadro, porque ahora resulta que el que los pinta es el señor Knackfuss, así, con todas esas consonantes, y S. M. I. no da más que la idea. Pues bien, en este boceto, que también es alegórico, figura un guerrero, símbolo puro, cerrando el paso á unos demonios que quieren entrar en el templo de la paz. De modo que ahora que las corrientes van hacia lo real, lo humano, lo que se vive y se siente, sale nada menos que un emperador pintando demonios. ¡A, eso quiere decir que volvemos á la infancia!

¿Ven ustedes qué desgracia tenemos? Este año, como el anterior, se retrasa también en Cuba la época de la secal. Y cada día de retraso nos cuesta dos millonitos de pesetas y unos cuantos hombres. Pidámos al Dios de los ejércitos que termine pronto la campaña. Porque, de seguir un par de años más, son tan desdichados nuestros generales que se van á *empañar* las épocas de las lluvias, sólo por entorpecer ó paralizar las operaciones.

Don Antonio Cánovas, que en las cuestiones filipinas prescinde del elemento militar y en cambio consulta con el primer fraile que «más de aceite que de sangre manchado el hábito nuestro», ha conferenciado con el padre Fons. Y ¿qué no saben ustedes lo que le ha dicho? Pues que «el medio más seguro para concluir en breve plazo con la guerra es organizar un buen sistema de colonización.»

¡Cristo con el breve plazo!

Pero ¿no comprende usted, padre, que en ensayar un nuevo sistema de colonización se han de tardar diez años, por la parte más corta?

¡A no ser que esa colonización sea cosa de los pintores del circo, que le enjaretan á vuestra paternidad un paisaje con figuras en cinco minutos!

El presidente del Consejo empieza á hacer caso de las indicaciones del MADRID CÓMICO, y eso irán ganando para con Dios él y sus compañeros de gabinete.

¿Que por qué digo esa fanfarronada?

Pues por lo siguiente que acabo de leer en *La Correspondencia*:

«Lo que si sucederá (está hablando Cánovas, no hay que olvidarlo) es que en este caso (en el de no hacerse el empréstito grande en el extranjero) no podrían concederse por ahora á las Compañías de ferrocarriles los beneficios que se les concedían en la llamada ley de auxilios, intimamente ligada con el empréstito.»

Y hé aquí lo que nosotros decíamos (estilo de periodista transcendental) hace quince días:

—«¡Hola, deben decirse (los representantes del país), ¿mos hicisteis votar la ruina de la Nación con el pretexto de que había que arbitrar recursos para la guerra, y ahora que os habéis llevado la carne os negáis á proporcionarnos esos recursos? Pues no hay nada de lo dicho, ¿qué diantre! Y ya se sabe que una ley se deroga con otra...»

Conque ya ven ustedes de cómo el presidente del Consejo empieza á seguir, un poco tarde, mis saludables advertencias.

Pero lo lastimoso es que en el fondo de la cuestión hay una cosa que enciende el ánimo.

Porque esas declaraciones de D. Antonio vienen á significar que aquella ley de auxilios se votó, no porque fuera justa, sino porque había que venderla por unos cuantos millones.

No tiene vuelta de hoja.

Si era justo auxiliar á las Compañías de ferrocarriles, debe hacerse aunque se desbarate lo del empréstito, y si es injusto, no se debe hacer aunque lo paguen á peso de oro.

Porque el ejemplo de moralidad debe empezar por arriba, por las Cortes.

Ó no castigar en lo sucesivo al que trate de sobornar con cuatro pesetas á un alguacil del juzgado.

★

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Nicotina.—Muy flojitos. ¡Ah! y ande usted con cuidado con las comparaciones, porque los ojos no son dulces, sino las miradas en todo caso, y las piñas sí son dulces, pero no son negras. Á lo menos en conserva, que es como las conocemos, de vista.

Don Modesto.—Pero, alma de Dios, ¿de dónde saca usted que aquí llevamos dinero por publicar coplas? ¡Pues ariados estábamos, recontral!

Un galfo.—Esas amorosas sin consecuencias no van á ninguna parte. Fíjese usted en qué el verso

«por quien el corazón perdí»

tiene una sílaba de más.

El morucho.—Comprendo que tenga usted escritos muchos, porque los cantares que no dicen nada nuevo abundan extraordinariamente por esos trigos literarios. ¡Y es que los buenos son tan difíciles!

Fenelón.—Si usted mismo confiesa que son sencillos y un poco mal medidos, ¿cómo diablos puede usted comprender que sean publicables?

Pavón.—Vaya, para que no vuelva usted á decir que me cierro á la banda, que no atiendo más que á las influencias y otras lindezas por el estilo, voy á publicar una menudencia ahora mismo:

«Tanto quiere Julio á su esposa Rosalía que no deja de hacerla llorar un solo día.»

¿En? ¿qué correctal! ¿qué versificación! ¿qué profundidad de pensamiento! ¿qué observación más alimada! Dios se las conserve.

El de Corrión.—No puedo aprovechar ninguna. Pero siga usted trabajando.

El Simio.—Sí que es largo, efectivamente. Pero, además, el asunto es el de la escena culminante del primer acto del *Juan José*. Ni más ni menos. ¡Ah! pero no está mal hecha la composición, eso no.

Una mula de la sociedad valenciana de tranvías.—Vaya, pues voy á complacerla á usted, apreciable caballería, aunque ha caído usted en el error lamentable de creer que cómico y periódico son consonantes:

«Érase una noche fría, oscura,
como sin luna noche de estío,
y vi yo cruzar veloz el río
una niña angelical y pura
ansí poseería y dándole un abrazo
é ir á besarla fué su tía
y me dió furiosa un puñetazo.»

Ya está usted complacida. ¡Y puede que les guste mucho á sus compañeras de encuartel!

Un bilbaíno.—Ha hablado usted como un libro. En efecto, no puedo aprovechar ninguna.

Sr. D. D. L.—Ni las *futeas* ni la *baturrada* tienen saliente. Son lo que llamamos anodinas. Inocentes, vamos.

Sr. D. A. G.—Tampoco puedo aprovechar nada esta vez.

Sr. D. G. D.—Tienen esos cantares un candor propio de la infancia.

Súplio.—No, si no se trata de eso precisamente. Se trata de no escribir majaderías insulsas. ¿Ha comprendido usted?

César Bruto.—¡Hombre! ¡ni tener buen humor saben ustedes! Porque todo eso es una *patarrada* muy grande.

Robinson.—Lo que antes pasaba con los cantares ya empezando á pasar ahora con las menudencias. Que le salen vulgares á media humanidad y sócas á la otra media.

Sr. D. J. A.—Se aprovecha algo.

Rafael.—¡Demonio! Esta semana les ha dado á ustedes por escribir cosas sin picardía al fondo de ninguna clase. ¡No! no habrá miedo de que se condenen ustedes.

Un paisano de Cano.—Se le pueden encontrar defectos á centenares.

¡No escriba usted más cantares!

¡Por la Virgen del Pilar!

Un amigo de Ferrari.—Digo exactamente lo mismo, aunque en prosa.

El Perdió.—El asunto es falso, porque no creo que á un hombre que hace lo que el Pepe del cuento le ponga nadie en *nubes de oro y esmeralda*. De modo que la moraleja es también *perdió*.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Librería, 16 dep.º

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

10 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.